

Gracias... Thome West
Orador de hoy

Ayúdense mutuamente

«Mejor son dos que uno, porque obtienen mayor provecho de su trabajo; pues si uno cae, el otro lo levanta. ¡Pero ay del que cae cuando no hay nadie que lo levante!»

Eclesiastés 4:9-10

Escucha a Dios

«El Señor... es paciente con ustedes, no queriendo que nadie perezca, sino que todos lleguen al arrepentimiento.»

2 Pedro 3:9

Aniversarios de Enero

8 Bob y Debbie Pescador

**Horarios regulares
de reuniones**

Domingo.....9:45 am

Domingo.....10:45 am

Miércoles.....7:00 pm

Sitio web:
indiochurchofchrist.com

Predicador: Vacante

Iglesia de Cristo
81-377 Avenida 46
Indio, CA 92201
(760) 342-1859

(Dirección del servicio solicitud)

Indio

Informador

Vol. 37 No. 3
Enero 18, 2026

*"Confía en el Señor con
todo tu corazón, y no te
apoyes en tu propia
inteligencia".*
Proverbios 3:5

- ***"Pelea la buena batalla"***
- ***"Mantén la fe"***
- ***"Terminar el curso"***

Una Carrera Asombrosa

Por Bruce Evans

Los Ángeles será el centro de atención del 14 al 30 de julio de 2028, ya que la ciudad será sede de los Juegos Olímpicos. Durante esas dos semanas, se desarrollarán una y otra vez dramas humanos y deportivos. Sin embargo, dudo que alguno pueda igualar la escena que tuvo lugar durante la carrera de 5.000 metros en los Juegos Olímpicos de Río de 2016. A unos 3.200 metros de la carrera, Nikki Hamblin de Nueva Zelanda y Abbey D'Agostino de Estados Unidos chocaron. Ambas cayeron a la pista. Abbey se levantó rápidamente, pero luego se agachó para ayudar a Nikki. Poco después, Abbey comenzó a disminuir la velocidad debido a una lesión en la rodilla que sufrió en la caída.

Ahora, la situación se había invertido: mientras que momentos antes Abbey le imploraba a Nikki: "¡Levántate! ¡Levántate! ¡Tenemos que terminar!", ahora Nikki, en repetidas ocasiones, animaba a Abbey a seguir adelante. Tropezando, llegaron a la meta, dos minutos después de la ganadora; D'Agostino quedó en último lugar, mientras que Hamblin fue penúltima. Estas dos mujeres, que se habían entrenado durante años para competir en los Juegos Olímpicos, mostraron el máximo espíritu deportivo. Fueron galardonadas con la medalla Pierre de Coubertin, que solo se ha otorgado diecisiete veces en la historia olímpica, como

resultado de su acto desinteresado en beneficio mutuo. No lo hicieron por ningún tipo de reconocimiento. Lo hicieron porque era lo correcto. Fue un acto espontáneo.

Salomón, en el libro de Eclesiastés, señala lo siguiente, como se ve en el capítulo cuatro, versículos nueve y diez: *“Mejor son dos que uno, porque tienen mejor recompensa por su trabajo; pues si caen, el uno levantará a su compañero; pero ¡ay del que cae cuando no hay otro que lo levante!”*. Como hijos de Dios, somos corredores en una carrera espiritual, y nos necesitamos unos a otros. Pero no estamos compitiendo entre nosotros; sin embargo, vean lo que Pablo escribió a los corintios: *“Corran de tal manera que ganen”*. (1 Corintios 9:24) Pablo continúa diciendo: *“Por lo tanto, yo corro de tal manera, no sin rumbo fijo...”* (1 Corintios 9:26) Es como si fuéramos miembros del mismo equipo, que de hecho lo somos. Dado que estamos unidos en Cristo y corremos la misma carrera, habrá momentos en que nos falten concentración, fuerza y resistencia; comenzaremos a flaquear y nos encontraremos en la imperiosa necesidad de que alguien nos levante. También puede que necesitemos tender la mano y brindar apoyo y aliento a otros. Nos necesitamos mutuamente para poder terminar la carrera que tenemos por delante.

Observemos de nuevo lo que escribe Pablo: *“Por lo tanto, anímense unos a otros y edifíquense mutuamente, tal como ya lo están haciendo”*. (1 Tesalonicenses 5:11) *“Por lo tanto, ya que tenemos a nuestro alrededor una nube tan grande de testigos, despojémonos también de todo peso y del pecado que tan fácilmente nos enreda, y corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante, fijando la mirada en Jesús, el autor y consumidor de la fe, quien por el gozo que le esperaba soportó la cruz, menospreciando la vergüenza, y se sentó a la diestra del trono de Dios”*. (Hebreos 12:1-2)

Ahora recordemos a Abbey D’Agostino y Nikki Hamblin y cómo se ayudaron mutuamente y terminaron la carrera

juntas. Espiritualmente hablando, tenemos el mismo desafío ante nosotros. Cualquiera de nosotros, en cualquier momento, podría *“cansarse y desanimarse”*, como se expresa en Hebreos 12:3. Sin embargo, con el aliento que nos brindamos mutuamente, podremos seguir adelante. *“No que ya lo haya alcanzado, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por si acaso logro asir aquello para lo cual fui asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo no considero haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, prosigo hacia la meta para obtener el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”*. (Filipenses 3:12-14)

Salomón tenía razón cuando escribió: *“Mejor son dos que uno”*. Porque en verdad, *«¡ay de aquel que cae y no hay nadie que lo levante!»*.

¿Tenemos la atención de Dios?

Fragmentos de un artículo de Travis Main

Dios ha utilizado diversos métodos para llamar nuestra atención a lo largo del tiempo. Cuando la humanidad pecó en el Jardín del Edén, les llamó la atención imponiendo graves consecuencias (Génesis 3). El dolor del parto se intensificó, la tierra fue maldita, el hombre tuvo que trabajar para comer y, después de su vida, regresaría al polvo. Es de esperar que en ese momento el hombre pensara: *«¡Vaya! ¡De ninguna manera voy a volver a cometer el mismo error!»*. Desafortunadamente, el hombre persistió en el pecado y Dios tuvo que seguir llamando su atención para que retomaran el camino correcto.

Hoy, Dios nos ha dado su Palabra, la Biblia, para llamar nuestra atención, y no debemos ignorarla. Esta nos transmite un mensaje sobre las bendiciones y las maldiciones de Dios. Si le prestamos la debida atención, nos conducirá a la vida eterna. Si la ignoramos, sellará nuestra destrucción, como sucedió con los de la época de Noé (Génesis 6-9). Es un mensaje que el mundo entero ha recibido en su totalidad desde el primer siglo (Judas 1:3, Gálatas 1:6-10).